

GALAXIA
Ciencia Ficción

J
WILLIAMSON
C
K

LA
CÚRVA
DE AMÉRICA
A CA

¿Qué nueva amenaza se cernía sobre el último refugio de la Humanidad?

La Tierra había sido despojada de atmósfera y agua; su superficie era un frío y desolado desierto excepto por América. Había sido erigida una cúpula de energía en torno a los Estados Unidos en el momento crítico y sólo dentro de esta vasta cápsula transparente podían los hombres y las mujeres vivir sin peligro; hasta el momento en que Barry Thane avistó un objeto moviente fuera de la cúpula!

Algo estaba allí donde sólo reinaba la muerte, algo que estaba observando la cúpula, tratando de penetrar y destruir el último oasis de la Tierra. Pero ¿qué era y por qué lo hacía?

UNO

Anillo en torno a América...

Igual que el borde de un enorme tazón de cristal puesto boca abajo sobre el continente, separaba a los pardos yermos árticos de un más mortífero páramo. Formaba un dique en lo que quedaba del Atlántico, donde antiguamente había fluido el Gulf Stream. Más delgado que una telaraña y más alto que las nubes, tenía a raya a la espantosa muerte al otro lado de los montes de Méjico. Encerraba la atmósfera de encima de América, y partía al estrecho Nuevo Pacífico.

Barry Thane lo vio por primera vez el verano en que tenía nueve años. Había venido solo para hacer una visita a su abuelo Barry. Era una cosa emocionante tener un sitio propio junto a la claraboya del luciente barco de cabotaje que se deslizaba tan aprisa a lo largo de su curso de invisible fuerza entre las torres de energía.

El abuelo de Barry vivía en una casita de campo con galerías, una especie de *bungalow* de plástico, en la costa de la Corporación de California, a menos de una milla de donde el Anillo se introducía, formando una división, desde el mar. Era un hombrecillo delgado y de ojos pardos, ágil para su edad, con una medalla en forma de aro brillando sobre el pecho.

—Hola, abuelo —Barry agitó su flaca y temblorosa mano, y pidió—: ¿Puedo bajar hacia el Anillo?

La patrona se lo había señalado antes que el barco entrara en el puesto de la torre por entre los enfocados tubos, y Barry estaba fascinado. En el interior del Anillo, las moteadas vacas del abuelo estaban tascando verde alfalfa, las olas danzaban en la ribera, y una blanca vela subía por la estrecha vereda de agua.

Afuera no había agua. Oscuros y extraños valles se alejaban infinitamente en prolongado declive, donde había estado el océano.

—¿Puedo tocar el Anillo?

—Más vale que no. —El viejo sonrió—: Entra en la casa. Examinemos el chisme de cocinar.

El muchacho no había desviado la atención de la maravilla del Anillo.

—¿Me dañaría, si lo tocara?

—No. Es liso como vidrio.

—Luego, ¿por qué...?

—Hay cosas afuera que un muchachito no tiene necesidad de conocer.

—¿Qué cosas?

—Hay una cerca que no se debe atravesar. —La cascada y añosa voz del abuelo fue de repente imperativa—. Y hay la Guardia, para cuidar de que uno no lo haga.

—Abuelo...

Quiso insistir, pero el abuelo sonrió otra vez.

—La Guardia protege al Anillo para salvar nuestras vidas —dijo el abuelo—. Yo fui guarda.

—¿Qué podría dañar al Anillo?

Se habían puesto en camino hacia la quinta con el equipaje, pero el abuelo se paró para mirar a través del campo de alfalfa que se extendía hacia el interior del insondable y marchito valle al otro lado.

—Había un hombre llamado Brock —dijo el abuelo—. Formó una especie de pantalla para echar una sombra sobre el Anillo. El Anillo está iluminado, y la sombra formó un hueco. Este Brock construyó una puerta metálica para ajus-

taría al hueco, de modo que él pudiera salir al Exterior, pero debió calcular mal la presión del aire; ésa es de más de una tonelada por cada pie cuadrado.

Barry estaba atemorizado, y asió la mano del abuelo.

—Este Brock voló al Exterior, con puerta y todo —dijo el abuelo—. Pero su pantalla continuó funcionando, y el aire siguió soplando. Fue un terrible huracán, que absorbió árboles y animales y casas, y los primeros hombres que vinieron para atajarlo...

—¡Pero lo hiciste tú, abuelo! —exclamó Barry con acaloramamiento—. Ese era el viejo doctor Brock. Mi madre solía contarme una historia acerca de cómo paraste ese vendaval. Es de ese modo que ganaste la medalla.

—Yo era un guarda; cumplía mi obligación. —El abuelo tocó la medalla orgullosamente—. Me las arreglé para lanzar mi helicóptero de patrulla contra el mecanismo de la pantalla. Eso quitó la sombra del Anillo y paró al viento. —Suspiró—. Eso ocurrió hace cincuenta años.

—¿Quieres saber algo? —dijo Barry en voz alta, de repente—. Acabo de decidirme. ¡Cuando crezca, abuelo, voy a entrar en la Guardia!

—Tu padre tendrá algo que decir sobre eso. —Los vivos ojos pardos del abuelo se volvieron extrañamente tristes—. Querrá que seas un administrador de la Corporación de Chicago, y presidente de la Junta de Investigación Nuclear General, del mismo modo que él. Yo estaría orgulloso de verte en la Guardia. Imagino que tu madre también. Pero Patterson Thane no te dejará renunciar a todos sus millones, por algo tan disparatado.

—¿No sale nadie al Exterior? —preguntó Barry—. ¿Nunca? —insistió.

—Brock no fue el primero en intentarlo, ni el último. Todos han sido destruidos. Pero, no obstante, continúan probando, a pesar de la cerca y la Guardia.

El abuelo se estaba encaminando a la casa de nuevo, mas Barry se rezagaba mirando el extraño y desolado mun-

do al otro lado de la invisible pared del Anillo.

—¿Quieres saber algo? —preguntó—. Cuando crezca, voy a salir al Exterior. —Cuando el abuelo frunció el ceño, añadió apresuradamente—: Pero encontraré un medio más seguro. Un medio para reservar el aire, y no causar daño.

El día siguiente, jugando con su cometa, bajó hacia el Anillo, pues el vedado misterio le atraía como un imán. A un centenar de yardas de la parte interior de esa diáfana barrera, los verdes campos terminaban. De una alta cerca de alambre colgaban letreros que decían:

¡MANTÉNGANSE FUERA!

Orden de la Guardia del Anillo

Al otro lado de la cerca había un polvoriento camino, todavía dentro del Anillo. Esperando en su propio lado de la cerca, Barry observó a dos guardas que bajaban por el camino bajo el anillo, en un pequeño «jeep» eléctrico gris. En la costa, donde el camino terminaba y el Anillo continuaba alrededor del mar, desviaron el «jeep» y retrocedieron, volviendo a pasar más allá de donde estaba Barry. Cuando estuvieron seguramente fuera del alcance de la vista, Barry se deslizó debajo de la cerca y atravesó el camino corriendo. Al otro lado del camino había una orla de hierbas... ¡y el Anillo!

Se agachó en las hierbas, para ocultarse mientras examinaba el Anillo. En realidad, no podía verlo, porque su limpia diafanidad era completamente clara. Podía sentirlo, sin embargo; más duro y más liso que ninguna clase de vidrio, pero ni frío ni caliente.

Lo tentó con el cortaplumas, tan osadamente como otro doctor Brock. El Anillo quebró la punta de la hoja, y a pesar de ello no mostraba ninguna marca de cicatriz. Barry levantó la vista, temblando, y vio las cosas del Exterior.

Horribles cosas, pardas e inertes, extendidas entre las inanimadas rocas. Habían sido hombres y mujeres y niños y animales; pero ahora eran esqueletos de encogida y pardusca envoltura o momificada carne, medio cubiertos con

rasgados y descolorados andrajos. Un huesudo brazo estaba apuntando a través de una hoja de roto periódico.

Con el rostro apretado contra la dura e invisible barrera, Barry trató de descifrar los marchitos títulos. Las palabras parecían extranjeras; juzgó que eran españolas. Estas personas debieron haber salido de Méjico hacia el resguardo del Anillo, pero demasiado tarde.

De repente experimentó malestar, y casi sintió que se hubiera escabullido de la proximidad del abuelo. Se volvió precipitadamente para mirar a algo dentro del Anillo. Hasta los verdes hierbajos alrededor de él le parecían hermosos ahora, porque estaban vivos.

Pero pronto sus ojos retrocedieron hacia el Exterior otra vez. El pasmo y el terror de la visión no lo soltarían ya. Hasta el cielo allí era extraordinariamente oscuro, porque no había aire para hacerlo azul. Toda sombra era una aguda hoyo de misteriosa medianoche.

Miró, a través de los desolados llanos de hendido légame que descendían y descendían sin fin en prolongado sesgo, hacia el interior del vacío hueco donde había estado el océano. No podía ver el fondo de él, pero algún día, se prometió a sí mismo, descubriría qué había allí.

Procuró no mirar a las cosas que habían sido personas. El abuelo tenía razón. Eran cosas que un muchachito no debiera conocer. Pero él mismo no podía remediarlo. Sus ojos retrocedían inquietamente, hacia las dispersas pertenencias que ellas habían esparcido; las descoloradas mantas, las ollas para cocinar, una rota botella y una muñeca de niña.

Vio un cráneo... y gritó.

Estaba en un montón de huesos, medio cubierto con coriáceos jirones de piel y manojos de cabello descolorado por el sol. La cuenca de un ojo estaba abierta y vacía. La otra le miraba directamente, con un brillante y frío ojo.

Por un momento estuvo como petrificado. No se podía mover ni respirar. Esperó a que ese ojo, que le observaba fijamente, desviara su mirada, pero ni siquiera parpadeaba.

—¡Barry! —Era la distante voz del abuelo, que lo llamaba a gritos—. ¡Barry, muchacho!

Barry se puso las manos en frente del rostro, para ocultar ese horroroso ojo. Cuando pudo moverse, corriendo y sollozando retrocedió hacia el camino a través de los hierbajos, con el corazón batiendo con fuerza en su garganta. El abuelo estaba parado junto a la cerca, mirándole severamente.

—¡No... no estés furioso! —protestó Barry, con sonidos entrecortados—. ¡No he dañado al Anillo!

—Por supuesto que no te propusiste causar daño. —El delgado y viejo guarda sonrió—. Fui un muchacho en otro tiempo, y creo que sé por qué te arrastraste debajo de la cerca. Pero más vale que vuelvas a este lado, antes que pase otro coche de patrulla.

—¡Aún no, abuelo! —Barry se pegó a la cerca, jadeando y temblando—. ¡Hay algo en el Exterior! ¡Algo viviente!

—Vamos, Barry...

—¡Pero lo he visto, abuelo! Algo que se oculta dentro del cráneo de un muerto, observándome con sólo un ojo. ¡Déjame mostrártelo!

—La gente imagina cosas —dijo el abuelo, moviendo la cabeza—. Luces fulgurantes y formas movientes, mayormente. Revisé un centenar de rumores, mientras estaba en la Guardia, y jamás encontré una señal de algo viviente.

—¡He visto ese ojo!

—Te dije que no miraras... —El abuelo vaciló, escudriñando el aterrorizado rostro del muchacho—. Muéstramelo. Probablemente no es nada... pero no podemos aventurarnos contra el resguardo del Anillo.

El abuelo estaba todavía en la reserva de la Guardia, y tenía una llave con la cual abrió una puerta de la cerca. Atravesaron el camino y siguieron adelante por entre los altos hierbajos. Allá en el Exterior estaba la calavera, todavía sonriendo burlescamente hacia el Anillo, con las vivas cuencas de los dos ojos vacías ahora.

—¡Se ha ido! —susurró Barry—. ¡Se está escondiendo de nosotros ahora!

—O quizás sólo lo imaginaste.

—Así... Así lo espero.

Pero Barry estaba todavía espantado, y se pegó a las manos del abuelo mientras retrocedían y atravesaban el camino de nuevo. Ese oculto ojo los estaba observando en la imaginación del muchacho. Temblando procuró abstenerse de preguntarse qué especie de cosa de un solo ojo podía vivir en el Exterior, y por qué se escondería dentro de una calavera, y qué podía hacer al Anillo.

—¿Qué cosa es el Anillo? —preguntó inquietamente, mientras el abuelo cerraba la puerta con llave—. Al tacto parecía como de vidrio.

—Pero no es de vidrio. —El abuelo estaba mirando atrás, al otro lado de la cerca, al negro horizonte del Exterior—. Hace muchos años, en la Academia del Anillo, estudié la teoría de él. Gruesos libros henchidos de ilustradas conjeturas acerca de estancadas olas y esféricos campos de fuerza y capas de reversión de fuerza de trueque, y anomalías estadísticas. Pero todo lo que realmente se sabe es lo que él hace.

Sus nudosas manos empezaron a llenar la oliente y vieja pipa.

—La energía entra en alguna especie de mecanismo, formado por grandes electroimanes y vibrantes cristales y gravitónicos radiadores. La energía sale como lo que llamamos el Anillo. Una especie de casco en forma de globo —uno de mis instructores solía llamarlo una coca tridimensional en un espacio multidimensional— que refleja parte de la energía incidental.

»La reflexión obedece a una ley espacial, basada en la longitud de onda de la energía. Penetra el calor, y casi toda la luz visible, y una variable parte de la gravitación. Pero la especial forma de energía que llamamos materia, es casi enteramente reflejada.

Barry asintió gravemente con un movimiento de la cabeza, aun cuando las extensas palabras lo aturdían. No podía olvidar lo que había visto en el Exterior, y se mantuvo cerca del abuelo mientras emprendían el viaje de regreso a través de los campos, con dirección a la azulada quinta.

—Las personas de allá en el Exterior... —Barry dio un vistazo atrás penosamente—. ¿Qué les ocurrió?

—Vino el enano —dijo el abuelo—. Un combusto astro de carbonizada masa, más pequeño que la Tierra, pero más pesado que Júpiter. Pasó demasiado cerca. Sus fuerzas de marea despojaron a la Tierra de su atmósfera y sus antiguos océanos. La gente del Exterior pereció.

—¿Por qué no tenían un Anillo propio?

—Hubo una guerra. La Guerra Fría. Lo aprenderás en la escuela. Un pueblo al cual llamaban Rojos estuvo combatiendo a América.

—Por tanto, les impedimos que entraran dentro de nuestro Anillo, ¿no es eso?

—Al fin, tuvimos que hacerlo. —El viejo asintió tristemente con una inclinación de la cabeza, echando una bocanada—. Odiaban a América. No se fiaban de nosotros, ni siquiera cuando tratábamos de ayudarlos. Pero la historia de eso empieza doscientos años ha, cuando el Mayor Víctor Barry llegó a la Luna.

—Mi madre dice que me pusieron el nombre por él. —Barry Thane se enderezó orgullosamente—. Pero cuéntame algo acerca de la Luna.

—Otro pequeño mundo, que se movía alrededor de la Tierra —dijo el abuelo—. Falto de aire como el Exterior actualmente, y en verdad conveniente para los astrónomos; el aire no es bueno para los telescopios. Los hombres del Mayor montaron un telescopio y hallaron al enano, antes que los rojos los atacaran...

—¿Por qué?

—Los rojos querían la Luna para un fuerte. Y nosotros también, hasta que regresó el Mayor con la noticia. Des-

pués de eso, la Luna no importaba tanto. La totalidad de nuestros más grandes científicos estaban concentrados en el Proyecto Guardia de Corps, para encontrar un escape del enano.

—¿Y ese fue el Anillo?

—Encontraron una pista en el espectro del enano mismo —dijo el abuelo—. Su débil luz estaba extrañamente cambiada, por su formidable gravitación. Estudiaron ese cambio, y sacaron la ciencia de la gravitónica. Ello hizo posible el Anillo, y el rayo en que viajaste desde Chicago.

Barry asintió de nuevo, aun cuando no comprendía enteramente cómo la luz de una estrella lo había conducido aquí a la costa de la Corporación de California.

—Así, ¿qué hicieron los rojos luego?

—Tratamos de salvarlos —dijo el abuelo—. Montamos diez generadores de Anillos, y ofrecimos nueve de ellos a otras naciones. Pero los rojos no los quisieron. Eran lentos en creer en el enano, porque era todavía invisible desde la Tierra. Y no se los puede censurar mucho por estar recelosos de nosotros, después de lo que pasó en Australia.

—¿Qué ocurrió?

—Los australianos aceptaron un generador para un Anillo. Lo instalaron en el desierto, cerca del centro del continente insular, y lo probaron. Por algún motivo, el radio fue fijado a veinte millas en vez de dos mil. Quizás eso fue sabotaje. Más probablemente, fue alguna clase de accidente. Nadie sabe exactamente cómo ocurrió.

»Pero de algún modo dieron demasiado energía para el radio. Su Anillo de veinte millas separaba demasiada gravitación. Fue lanzado al espacio, con el generador y los ingenieros australianos y un pedazo de veinte millas, fuera de la Tierra.

—¿Están todavía derivando? —Los ojos de Barry se dilataron.

—Habían aparejado un provisional equipo de energía para la prueba —dijo el abuelo, moviendo la cabeza triste-

mente—, y debió fallar. Los astrónomos observaron una motita de polvo, a un millón de millas afuera hacia el enano, cuando el Anillo estalló. Perecieron, y los rojos dijeron a gritos que era un asesinato.

El abuelo suspiró.

—Después de eso, los rojos nos impidieron salvar a nadie. Persuadieron a todas las otras naciones a rehusar nuestros generadores para Anillos; estuvieron prometiéndome suministrar inventos propios para asegurar la supervivencia, que decían eran de mayor garantía. Hasta intentaron arruinar nuestro generador. Finalmente tuvimos que cerrar el Anillo para impedir que entraran sus proyectiles.

—¿Qué hicieron ellos luego?

—No podían hacer gran cosa. —El rostro del abuelo tenía un aire ceñudo—. Evidentemente sus inventos para la supervivencia no dieron buen resultado. Acabas de ver lo que ocurrió a todos los atrapados en el Exterior.

—¡Me alegro! —musitó Barry de repente—. Tocante a los rojos, recibieron lo que merecían.

—No digas eso —atajó el abuelo, sonriéndole suavemente—. Los rojos eran seres humanos también, no lo olvides. Creo que estaban siguiendo una falsa filosofía, pero la mayor parte de ellos debieron ser sinceros. No me gusta pensar de qué modo murieron.

Miró atrás a través del vasto y desolado hueco donde había estado el océano, más allá de las moteadas vacas y la verde alfalfa y los hierbajos que ocultaban esas horrorosas cosas del Exterior.

—Aún aquí dentro del Anillo, las cosas fueron muy mal —dijo—. No podíamos apartar toda la gravitación del enano. Ello causó temblores de tierra y desbordamientos terribles. Pero el Anillo nos protegió de esa horrible marea del Exterior, la cual subió más y más alto, hasta que finalmente barrió a los océanos y al aire del resto de la Tierra.

»Pero eso fue hace doscientos años. —El abuelo asió la mano de Barry otra vez, y continuaron hacia la azulada

quinta—. El enano se disipó. Se llevó la vieja Luna al espacio, y dejó a la mayor parte de la Tierra tan falta de aire y marchita como había estado la Luna. Sin embargo, aquí, en el Anillo, empezó nuestra historia moderna.

»La Edad del Aislamiento. Tendrás ocasión para estudiarla. Nuestras molestias no habían terminado con el tránsito del enano. América había sufrido. Las ciudades costeras estaban enteramente destruidas, y la mitad de la población había muerto. Hasta los sobrevivientes lo pasaron mal aprendiendo a vivir en completo aislamiento.

»Lentamente levantaron nuestro moderno mundo de las ruinas. Organizaron nuestras modernas Corporaciones, cuando los viejos gobiernos del Estado y federales se derrumbaron. Encontraron sustitutos para la mayor parte de las materias primas que había suministrado el resto del mundo. Mantuvieron al Anillo en funcionamiento; y constituyeron la Guardia del Anillo, para protegerlo de hombres como Brock.

Estaban acercándose a la entrada de la quinta, pero Barry se rezagó para dar otro prolongado vistazo a la maravilla del Anillo.

—¿Quieres saber algo? —preguntó de repente—. Cuando haya crecido y esté en la Guardia, encontraré un camino para el Exterior. Un camino mejor que el de Brock, así no dañaré a nadie. Y saldré.

Tembló, cogiéndose con más fuerza a la mano del abuelo.

—Voy a descubrir lo que había dentro del cráneo de ese muerto que observaba al Anillo con un solo y extraño ojo.

Las vacaciones de Barry Thane acabaron demasiado pronto. Volvió por el mismo rápido medio a la gran casa de su padre en la Corporación de Chicago, a sus libros y sus profesores. Pero no podía olvidar a ese ojo que miraba fijamente.

Tres años después, su padre le permitió ir a la costa de nuevo.

Otra vez Barry esperó dentro de la cerca a que el «jeep» de patrulla viniera y se fuera. Ansiosamente, pero medio atemorizado, volvió a atravesar el polvoriento camino sin ser visto. Esta vez desgajó un manajo de alta hierba y la usó para borrar sus huellas.

Se agachó en la orla de hierbajos otra vez, con el rostro frente al Anillo. Halló las mismas cosas humanas descoloradas por el sol y secadas por el vacío que había visto anteriormente. Los huesos y la rota botella, los andrajos, las dispersas cacerolas, el fragmento de periódico. Buscó la calavera donde había visto ese ojo que miraba fijamente, o creía haberlo visto.

La calavera había desaparecido.

Temblando, sintiendo un vago temor, Barry Thane retrocedió hacia la azulada quinta. El abuelo de Barry estaba sentado en el pequeño rincón, escribiendo una carta, cuando el muchacho entró precipitadamente con su repentina confesión de que había atravesado la cerca del Anillo otra vez.

—No vuelvas a hacerlo. —El abuelo frunció el ceño tan severamente como si hubiera sido todavía un oficial de la Guardia—. ¡Prométemelo!

—Lo prometo... hasta que pertenezca a la Guardia. — Barry estaba jadeando, faltar de aliento por la corrida—. ¡Pero, escucha, abuelo! Esa calavera que te mostré, donde vi ese extraño ojo, ¡ha desaparecido!

—Las cosas cambian hasta en el Exterior. —El abuelo apartó los materiales para escribir y echó mano a la pipa, sin señales de agitación—. Cuando tengas mi edad...

—¡Abuelo, alguien quitó esa calavera!

—Quizás un meteoro dio contra ella. —El abuelo se encogió de hombros—. Hay lluvias de meteoros en el Exterior, la mayor parte de ellos probablemente procedentes de desechos que el enano dejó en el espacio. Sin aire para consumirlos y ningún Anillo para desviarlos, con frecuencia

dan contra el suelo. Mientras estaba en la Guardia, vi caer varios.

Se paró para encender la pipa.

—Esa calavera estaba muy reseca y quebradiza —dijo, sin quitarse la pipa de la boca—. Cuando el meteoro la alcanzó, quedó hecha polvo.

—Tal vez —musitó Barry—. Pero no he visto nada de polvo.

* * *

Tenía dieciséis años cuando halló el valor necesario para decir a su padre que quería abandonar los cursos comerciales e ingresar en la Academia de la Guardia del Anillo. Patterson Thane era un hombre grueso, y la ira lo hacía ponerse rojo. Anduvo nerviosamente arriba y abajo de la extensa y metódica biblioteca de la mansión contigua al Lago Michigan, vociferando a Barry.

—¡No seas tonto, hijo! Tengo tu carrera enteramente delineada. Serás un decano ejecutivo en diez años. Cuando yo esté preparado para retirarme, puedes encargarte del control de la Nucleónica General. Un día, con lo que he de darte, puedes ser el hombre más importante de América. ¡De modo que quieres unirme a la Guardia del Anillo! —Dio un airado resoplido—. ¡Puedo darte más para tu próximo cumpleaños de lo que ganarías en el curso de la vida en la Guardia!

—Pero no quiero dinero. —La voz de Barry tembló mientras él trataba de encontrar palabras para adecuar las vagas pero imperiosas necesidades que sentía—. No quiero... lo que llaman el éxito. Quiero algo real.

—¿Qué es más real que un millón de dólares? —rugió Patterson Thane—. Excepto dos millones —añadió.

—Una... una segura salida del Anillo. —Con vacilación, Barry trató de expresar sus sensaciones con palabras—.